

El maestro seglar y la escuela cristiana

JOAN PLANELL

1. EL POR QUE DE UN DUALISMO

Tal como yo lo entiendo, hoy día y cada vez con más proporción se da un dualismo entre la escuela cristiana y la persona del maestro seglar.

Podía decirse, hará más de veinte años, que este dualismo bastante más insignificante, dándose una coincidencia casi perfecta entre la realidad maestro y la escuela cristiana, aunque desde una perspectiva educativa y el sentido del cristianismo que se vivía por aquellas fechas.

Hoy no es así, y el dualismo se ha agravado desde mi perspectiva personal, por dos motivos importantes.

Ante todo, la escuela cristiana, aun quedándose con la visión expresada en el documento del Concilio Vaticano II respecto de la educación cristiana, está muy lejos de podérsela considerar como tal. Cuando el número 8 de la "Gravisimum educationis momentum" se habla de un clima de participación y de amor, nos parece un guaje demasiado alejado de nuestra realidad escolar.

La religión —ya no digo el cristianismo o la catequesis— siendo nuestra cenicienta; no en el momento en que el príncipe azul le coloca los zapatos de cristal, sino cuando se encuentra apreciada por su madrastra.

**Dualismo
escuela cristiana-
maestro**

Nos esforzamos en hacer clases de religión y bastantes alumnos reacios o indiferentes y, si pudieran, bastantes de ellos, dejan de asistir. Hay lagunas a lo largo de los diversos cursos, no una adecuada continuidad de formación y, a veces, da la impresión que la formación religiosa —ya no digo la catequesis—

como impuesta o forzada, dada con artificialidad y, en algunos casos, sin demasiada competencia.

Esta descripción, más bien pesimista, no sé si responde a una experiencia universal de la escuela cristiana, pero yo me atrevería a afirmarlo con todas las letras.

La segunda razón del dualismo mencionado se nos manifiesta por la desproporción del testimonio existente entre padres, maestros y alumnos que forman, en su conjunto, la comunidad educativa de la escuela cristiana.

En ella interviene, de una manera decisiva, la figura del maestro, que en la actualidad, en muchas escuelas cristianas, es superior que la comunidad religiosa que lleva, conjuntamente con ellos, la labor de impartir una educación cristiana.

Si la escuela cristiana no es un ente abstracto, sino el resultado de una labor conjuntada, llevada a cabo entre los maestros, padres y alumnos, abierta el medio social en la que se inserta, sin una unidad fundamental de criterios, en nuestro caso cristianos, de toda educación y visión de la realidad existencial, no puede darse escuela cristiana. No puede darse unidad entre maestro y escuela cristiana y, de hecho, hoy no se da, en una proporción bastante considerable.

El dualismo, desde mi perspectiva personal, cada vez está más marcado y, siendo realista, lo estará cada vez más si no se llevan a término planteamientos nuevos.

Se mantiene un dualismo que no favorece en nada la autenticidad de la escuela cristiana y la labor que ella debería realizar en nuestra sociedad.

Quede claro, de antemano, que no es el maestro seglar el único culpable de esta desproporción. La culpabilidad viene dada, desde mi personal modo de ver el problema en la forma de entender la misión de toda escuela cristiana en nuestros días, o el miedo, en el caso de que se vea con claridad, de hacer los cambios oportunos que ello exigiría.

2. FUNCION PRIMORDIAL DE LA ESCUELA CRISTIANA

Superar el dualismo supone tener muy claro el papel que debe ejercer la escuela cristiana en nuestra sociedad y en el medio social en la que está inserta.

Conceptos como inmersión, concientización, liberación, iluminación de la existencia desde la Palabra, participación, personalización, gestión, visión dinámica de la educación, formación permanente, educación socio-política y otros elementos básicos, son imprescindibles para definir la escuela cristiana.

Y todos estos conceptos referidos a la escuela significan, busco una unidad, que está plenamente insertada en su realidad, está abierta y preparada a responder en la formulación conceptual y en el compromiso con la existencia, a todos los interrogantes que los alumnos, los padres y los propios maestros se hacen.

**Es necesario
superar este
dualismo**

Por supuesto, que si es una escuela cristiana, los testimonios y conceptos, como respuesta a los interrogantes, están respaldados por criterios cristianos auténticos.

Una escuela cristiana que siga cayendo en los mismos estereotipos de siempre en cuestión de conceptos informativos y de normas de conducta uniformadas, está perdiendo, como mínimo, dos perspectivas fundamentales de la educación que debe impartir.

Primeramente, la capacidad de sentido crítico de la realidad presente y la segunda, la capacidad del despertar creativo y personalizador de los individuos que componen la escuela cristiana. Detengámonos brevemente en especificar esta doble labor que significamos a la escuela cristiana y veamos la función del maestro en ella.

a) *De la información al sentido crítico*

**Desarrollar
el sentido
crítico**

Me parece que queda un poco lejos el cumplimiento de este objetivo de toda escuela. Se sigue dando un exceso de información, digamos de formación, a nivel de conceptos y se da una muy poca importancia al desarrollo del sentido crítico del alumno. El burocratismo, la masificación monocolor, el alejamiento de la realidad vital de los alumnos, la huida de los problemas reales, el desinterés por los problemas de la propia escuela, de sus personas y de sus objetivos a cubrir, son aspectos que se suelen descuidar con demasiada frecuencia. Todo lo que podría suponer un revulsivo en el seno de la propia escuela y, por consiguiente, en el conjunto de la comunidad educativa, se pospone en detrimento de la personalidad auténtica de los alumnos. Privar a los alumnos, en distintas edades, de este sentido crítico de la propia institución de la realidad circundante, tanto local como universal, es de pobreza humana de enormes dimensiones.

Tratándose de escuela cristiana, el problema se agrava, ya que el Evangelio (la fe) es o debería ser una relativización de todo lo "absoluto" que el hombre cree como tal, tanto en el campo de las ideologías como en el de las realidades vivas de nuestra existencia personal, de nuestro mundo, de nuestra sociedad, de nuestra propia escuela. Jesús vino y el mundo real de su época entró en crisis y sigue estándolo desde una perspectiva del Evangelio. La comparación entre la utopía del Evangelio y la realidad que vivimos es realmente discrepante y es normal que lo sea.

Lo peor no está que se de tal discrepancia, sino que nuestra ciega mirada no lo perciba, entre otros motivos, porque la escuela cristiana no favorece este sentido crítico desde la fe, de la existencia personal y social.

¿Cuántas preguntas quedan sin adecuada respuesta? ¿Cuántas quedan sin la verdadera respuesta, sin una radical respuesta? La visión de la mayoría de los alumnos de nuestras escuelas cristianas, siguen inmersos en una mayor o menor ceguera de la realidad, a causa de que la escuela cristiana no cultiva este sentido crítico de la existencia.

b) *Un proyecto personalizador*

¿Dónde está en las escuelas el proyecto personalizador y creativo de las personas que la forman? También aquí como en el aspecto anterior, la escuela no es personalizadora, no favorece la creatividad.

De hecho, el fallo está en que la misma estructura escolar ahoga ordinariamente aspectos creativos y personalizadores por falta de agilidad y flexibilidad de las mismas.

Las causas son numerosas y no fáciles de paliar o evitar. Tampoco es mi pretensión enumerarlas en este artículo. Seguimos constatando los hechos fundamentales que no favorecen el que la escuela cristiana encuentre su real y auténtica identidad.

Es cierto que hay intentos, por las diferentes metodologías que se experimentan, por los esfuerzos conjuntos y las iniciativas que surgen y se apoyan por parte de toda la comunidad educativa, de personalización y creatividad.

Con todo, este esfuerzo cubrirá siempre campos parciales, debido especialmente a que no se da una labor conjunta de toda la comunidad educativa y también a que no se da un intento de unidad entre las dos características que nosotros hemos desdoblado, pero

que en realidad deberían fomar una unidad fuertemente potenciada por los responsables de toda la escuela que son maestros, padres y alumnos.

Cuando demos más importancia y no nos asuste la crítica a la que aludíamos en el párrafo anterior, se dará de forma más enriquecedora una mayor personalización y creatividad en los diferentes componentes de toda escuela cristiana.

No son sólo los conceptos los que personalizan, sino el constante sentido crítico ante una sociedad fuertemente despersonalizada, favoreciendo una creatividad, para que, al poner en crisis la existente, no nos quedemos sin una real consistencia, supliendo así, por medio de una visión más asumida, lo que creemos realmente debería ser una sociedad como la nuestra o el modelo social en el que vivimos y en el que la escuela está inmersa.

Como mínimo, este doble objetivo, unido a la forma concreta de llevarlo a cabo, dígase participación y cogestión, debe ser asumido plenamente por la escuela. La escuela cristiana deberá hacer el esfuerzo de vivir estas realidades desde una perspectiva de fe, es decir, por medio de una iluminación de la realidad a partir de la palabra revelada.

3. LO QUE ELLO COMPORTA

Antes de empezar a clarificar el papel que el maestro tiene dentro de la escuela cristiana hoy, nos parece de interés constatar, sumariamente, lo que comporta el haber realizado las dos anteriores afirmaciones brevemente explicadas.

Para evitar el dualismo, escuela cristiana-maestro que veríamos constatando desde el comienzo del artículo, comporta tener en cuenta unos cuantos aspectos que el maestro regular debe asumir como perteneciente a la comunidad educativa de la escuela cristiana a la que pertenece como miembro de pleno derecho. Por otra parte, la escuela o sus responsables más directos, conjuntamente con los padres y los alumnos, deben favorecer esta inserción del maestro en la escuela cristiana, favoreciendo, en lo posible, todos los aspectos que vamos a mencionar someramente en las páginas siguientes.

a) *Una unidad básica de criterios*

**Exigencias
fundamentales**

En cada centro educativo conviene no perder de vista y reflexionar con profundidad, lo que viene llamándose la filosofía propia de un centro educativo.

No vayamos a pensar o a creernos que la escuela es neutra. Toda escuela tiene su propia tendencia ideológica. No creo tampoco en los que ven la posibilidad de un pluralismo ideológico dentro de una misma escuela, aunque esto, hoy día, se da con demasiada frecuencia en muchas escuelas, precisamente, a causa de que no se ha buscado o no se ha podido encontrar una unidad de criterios. En el caso de la escuela cristiana no será debido a que no exista una posibilidad de unificación por parte de la doctrina o del Evangelio, sino más bien será debido a las personas que forman la comunidad educativa y sus personales convicciones, en detrimento de los alumnos.

Creo sí en la necesidad de que cada escuela defina su *proyecto educativo* y ponga todos los medios a su alcance para llevarlo a término con garantías eficientes, tanto en el terreno de la instrucción como en el terreno de la formación, de la praxis y del sentido crítico de la realidad circundante y universal.

Todo ello comporta un clima de distensión, un consenso básico, no en el sentido de ceder un poco todos, sino con la autenticidad que supone la peculiar manera de vivir un sentido cristiano de la existencia, todas las personas que se encuentran implicadas en el proceso educativo, entre las cuales se encuentra el maestro seglar.

b) *Una acción conjuntamente elaborada*

Otro requisito fundamental viene señalado por la labor educativa todamada desde la perspectiva de la acción.

Una labor docente personalizadora y creativa, exige llevarla a término, teniendo como objetivos la consecución de un conjunto de acciones, de compromisos, de "expresiones" debidamente planificadas, pensadas y ejecutadas conjuntamente por padres, maestros y alumnos. Unas acciones que no descuiden, en ningún momento, el medio social concreto y además, los espacios vitales de los alumnos de los padres y de los propios maestros.

Acción que debe estar realmente justificada e iluminada por la ideología o la visión sostenedora de la escuela en cuestión. No estoy tomando el concepto acción en un sentido meramente político del término, o desde una acepción restringida del mismo.

Múltiples son las acciones que se pueden realizar de todo orden, se escalonarán progresivamente, aunque con flexibilidad, para dar paso a acciones que la misma vida de las personas o de la sociedad nos impongan, que comporten los campos más fundamentales de la personalidad, en función del grupo. De esta manera, lo educativo, lo social, lo político y las expresiones propiamente religiosas, si se trata de una escuela cristiana, deberán cultivarse adecuadamente y responsablemente. La fe del maestro y de los demás componentes de la escuela cristiana, deberá ser asumida con autenticidad, para que este proyecto de educación desde la acción más adecuada, sea auténtico testimonio personal y grupal o comunitario.

c) *Responsabilidad y cogestión*

Todos los componentes de la escuela son responsables de la dinámica del proceso educativo que ella comporta.

Todos los maestros, conjuntamente con la dirección de la escuela y los padres en conjunción con los alumnos, son planamente responsables del buen funcionamiento de la escuela en las diferentes situaciones en las que está dividida y en los distintos departamentos que consta.

Por otra parte se impone, según los criterios actuales, el ejercicio eficaz de la cogestión dentro de todos los órganos directivos, administrativos y de planificación del centro docente.

Insisto que tan sólo hay que constatar los aspectos que comprometen a una escuela hoy, teniendo en cuenta que debemos evitar el dualismo expuesto y viendo además las posibilidades de llevarlo a la práctica.

¿Qué papel tiene que desempeñar en esto el maestro?

No se trata de marcar todos los detalles y todos los movimientos que el maestro debe realizar en éste y en los demás aspectos que vamos señalando.

No se trata de engendrar un estereotipo que nos sirva para siempre. Lo que se quiere es mantener la capacidad de acción, de libertad y responsable, al maestro que tiene que sentirse como parte integrante de la escuela cristiana, para llevar a término, lo más adecuadamente posible, la cogestión anteriormente aludida.

Por de pronto, si no se da una unidad de criterios y una visión uniformada de las acciones a realizar, teniendo en cuenta el estereotipo personal de cada miembro de la comunidad educativa, se hará n

sospechosa una responsabilidad y una cogestión en las directrices de la escuela.

El maestro, para llegar aquí, sabe muy bien a lo que se compromete, cuando presta sus servicios en una escuela cristiana. Si ve honradamente que no llega a tanto, no debe comprometerse con una entidad de este estilo. La escuela cristiana, en su conjunto, debe estar de acuerdo en lo que supone vivir una manera de educar a los alumnos y ello lleva consigo saberse capaces de responder adecuadamente a las demandas de los maestros que se creen capacitados para asumir una cogestión según criterios y acciones de base, previstas y asumidas de antemano. No sea que nos suceda como en tantas escuelas cristianas actuales, que no ven con confianza la cogestión, no por no tener sumo interés en llevarla a término, sino a causa del dualismo del que desde el comienzo del artículo nos estamos refiriendo.

Lo hemos colocado al principio lo del dualismo escuela cristiana-maestro, porque creemos que mientras no se rompa las susceptibilidades, los miedos y los consensos inauténticos entre todas las partes, especialmente entre estas dos, no tendrá solución clara y definitiva la labor auténticamente educativa de muchas escuelas cristianas actuales.

d) *Una inmersión en el medio social*

La escuela no puede quedar encerrada en sí misma. No puede recluirse entre las cuatro paredes de una clase. No puede ceñirse a saber unos conocimientos o realizar unas actividades meramente escolares o localistas y que no tengan una proyección viva y universal.

Las estructuras cerradas deben abrirse totalmente a la vida social circundante y a todo lo que supone una apertura de carácter que hoy podríamos decir espacial. Es una época marcada por la influencia de los medios de comunicación social y la escuela no puede quedar al margen de lo que ello supone para la educación.

En primera instancia, ello supone que la escuela, ya desde ahora, no puede estar ajena a toda la gama de realidades existenciales que la envuelven y que le vienen manifestadas por los diversos medios con los que la humanidad hoy día se expresa. Las críticas más fuertes que se le pueden hacer a la escuela, son las que se relacionan con los aspectos que hacen de ella un ente paralelo y totalmente ajeno a toda realidad social, mundial, en todos los campos que la educación abarca. De ahí la necesidad de que la escuela

haga un esfuerzo para educar de una forma global, de una forma total.

La escuela cristiana tiene aquí una labor primordial y su competencia debe abarcar todos estos diversos medios, en la medida de sus posibilidades, lo que supone que el sentido de la existencia de la fe penetrará en todos los educandos, si existe una adecuada labor educativa por parte de los maestros que se dediquen a un tipo de labor docente.

Otra responsabilidad y otro riesgo que incide directamente sobre el maestro seglar que se compromete a llevar a cabo su misión educativa en una escuela cristiana. No se trata de echar agua fría a todo lo que estos medios producen. Se trata de una adecuada interpretación que estos medios dan de la realidad circundante desde el punto de vista de la propia religión, desde un sano y equilibrado ser cristiano. No es labor de personalismos, sino una labor de conjunto.

La escuela debe despertar de su letargo, debe salir a la calle, asumir críticamente la realidad existencial y desde ella educar libre y responsablemente a sus educandos. La existencia, la vida, no se capta sólo de forma intelectual ni principalmente a través de la palabra; se vive y se ama, para actuar en consecuencia desde la propia existencia misma.

En este sentido, todos los grandes medios de comunicación social y los llamados mini-media o los media-grupales, sirven al maestro cristiano para realizar una acertada y actualizada labor educativa y catequizadora.

e) *La escuela asume el concepto dinámico de toda madurez*

Jamás será estática la labor educativa de la escuela cristiana. Siempre deberá velar por el ritmo madurativo, personalizador y progresivo de cada educando y de la propia sociedad. Dos son los niveles en los que la escuela debe actuar. Un nivel personal y un nivel social. Y en los dos niveles debe tener en cuenta la realidad dinámica, transformadora y permanente que supone todo proceso educativo.

Esto supone tener claros un conjunto de objetivos operativos: inmediato, medio y largo plazo, que ayuden a la realización de determinadas acciones, que serán el resultado de asumir los diversos pasos de una única función educativa, personal y grupalmente. De esta forma, la persona toma conciencia de su puesto en la sociedad y busca la manera de realizarse desde éste de un modo concreto, lo que hace que las acciones que realiza son realmente

pectos definidores de la personalidad de los individuos que las realizan.

Esta persona está convencida, al realizar estas acciones, que ello le va madurante, siempre y cuando él se siente con ellas más realizado y al mismo tiempo, también, que él se da cuenta que ayuda a madurar a los demás.

El maestro cristiano tiene aquí otro de los papeles decisivos en la educación. En el convencimiento de que toda labor educativa de cariz cristiano debe tener presente el dinamismo madurativo de la fe de cada alumno y del resto de las personas que integran la comunidad educativa.

Aquí tiene un papel primordial el departamento de educación, conjuntamente correlacionado con el psicológico y el de la educación de la fe. Una labor conjunta de los tres departamentos nos dará la clave, una vez más, de lo que supone y representa educar cristianamente a la infancia y a la juventud.

La vida de todos los que forman parte de la escuela cristiana en primer lugar y la vida de los hombres en sus distintas dimensiones, sale al encuentro de maestros, padres y alumnos, para conseguir que la madurez, en la doble faceta humano-cristiana, nos desvele su auténtico rostro y podamos batallar incesantemente en beneficio de toda la personalidad. La de todos los que se presten a dejarse educar desde la visión cristiana de la existencia humana y cósmica.

f) *La escuela intenta una respuesta válida para los diversos interrogantes de la existencia de los hombres*

Este enunciado supone, en primer lugar, una visión diferente respecto a la forma de impartir las materias correspondientes, en relación a un programa de materias previamente señalado.

Si tenemos en cuenta este punto subsanamos, de alguna forma, la aridez del aprendizaje de todo tipo de conocimientos que la escuela imparte, pero al mismo tiempo, es de sumo interés, para toda escuela, también para la cristiana, que quiera alcanzar una dimensión que escapa a lo meramente enunciativo, para pasar a lo existencial y trascendente. Haciéndolo así, damos a la labor educativa de la escuela cristiana, un carácter más humanizador, al mismo tiempo que valoramos el carácter profundo de toda educación cristiana. Hay que conseguir que no quede pregunta sin responder y hay que buscar, en cada caso, la pregunta más verdadera, la más radical.

De nuevo, el maestro de una escuela cristiana que cultiva esta misión importantísima, debe exigirse a sí mismo, el responsable personal y comunitariamente sus propios interrogantes.

El aspecto comunitario que debe quedar plenamente reflejado en toda escuela cristiana surge aquí con toda fuerza y es evidente que es del todo necesario.

Hay cuestiones radicales cuya respuesta exige el grupo, la comunidad. Ello es debido a dos razones fundamentales. La primera de carácter conceptual y la segunda de carácter testimonial. Volveré a decir que el maestro se sentirá más seguro a la hora de responder cualquier pregunta que se le haya hecho, si considera los aspectos globales de sus posibles respuestas o de su única respuesta. La riqueza que surge del grupo, además de su objetivo es incuestionable. Por otra parte, hay que tener en cuenta que las respuestas que sólo se responden con la vida, con el testimonio del maestro, de toda la comunidad educativa.

Sólo así, cada respuesta prepara la pregunta siguiente y el horizonte se abre ante los ojos de quien pregunta, cada vez de forma viva y misteriosa a la vez. Aquí está encerrado el secreto de la auténtica catequización, en la que el maestro seglar, dentro de una escuela cristiana, también debería comprometerse a responder.

Son muchas las exigencias que aun maestro que se incorpore a la misión educativa de la escuela cristiana se le piden, como vemos, pero son todas absolutamente necesarias, si realmente queremos que no se tengan que separar el nombre del adjetivo.

4. PAPEL DEL MAESTRO CRISTIANO

En este apartado intentaremos perfilar aún más las características fundamentales de la personalidad del maestro cristiano.

Todo lo que en esta descripción, desde mi personal perspectiva aparte de las líneas maestras de lo que tiene que ser la escuela cristiana, dará como resultado comprender mejor el dualismo que venimos hablando para tener oportunidad de sacar la conclusión de que hay que evitarlo, mediante un entender y asumir la realidad personal del maestro seglar dentro de la escuela cristiana.

**Asumir
plenamente
las virtudes
teologales**

Por lo menos de forma teórica, debemos concederle al maestro se-
glar todas las posibilidades de ser realmente maestro seglar cris-
tiano y de llevar, en consecuencia, una labor docente cristiana.

a) *El maestro cristiano es un hombre creyente*

Cada vez más se hace necesaria esta afirmación con todo lo que
ella comporta. Creyente significa ser consciente de lo que exige el
seguimiento de Jesús y el vivir desde la fe la vida en comunidad.

Creyente supone tener conceptos claros de lo que comporta hoy
día el cristianismo, es decir, ser testigo de una trascendencia que
es real, aunque no del todo palpable y que, sobre todo, comparte
la fe con otras personas, en especial las más cercanas. Creyente
supone haber realizado una síntesis válida del cristianismo y saber
responder con sentido cristiano a toda pregunta que se nos pueda
hacer. Creyente supone también, sabernos impulsados por el Es-
píritu de Jesús, lo que significa una entrega desmedida a los de-
más hombres, a la sociedad y al mundo, desde una perspectiva de
liberación, de salvación, impulsada por la fe, la esperanza y el
amor.

Si ser creyente supone en lo fundamental todo esto, el estilo de
vivir del maestro seglar cristiano comportará como mínimo una tri-
ple característica:

1. Ser testigo de Jesús dentro y fuera de la escuela.
2. Ser sembrador de la verdad del Evangelio.
3. Comprometerse realmente en favor de la sociedad o del medio
social que lo circunda.

1. *Testigo de Jesús*

La comunidad de creyentes es una suma de testigos cada uno de
los cuales tiene su propio estilo de vida. Es toda la comunidad
educativa que debe vivir realmente la fidelidad del testigo en me-
dio de las dificultades que ello comporta. Aquí tenemos el punto
neurálgico de la misión educativa y evangelizadora de la escuela
cristiana. El alumno de la escuela cristiana, desde los años prime-
ros de docencia, debe encontrar en sus padres y en sus maestros,

esta atmósfera vital que le ayude a realizar, con el tiempo, la acción fundamental cristiana.

Valor del testimonio

¿No es necesaria, pues, una selección o un proceder nuevo, de muchas escuelas que llamamos cristianas?

Las expresiones, las actitudes, las formas de juicio y de acción de cada maestro deben tener esta importancia que supone revelar, la persona de Jesús en su proceder más coherente.

Esta primera característica hace una referencia más explícita que al decir. Se trata de vivir, en unión con los demás, y testimonio de autenticidad personal y comunitario que supone formar parte de una comunidad educativa cristiana.

Basta pensar lo que se ha de entender por escuela y qué significación debe tener el calificativo de cristiana, para que nos resulten perfectamente definidos los rasgos de todo maestro secular que ofrece sus servicios a una escuela cristiana.

De alguna manera suficientemente concreta estas características ha de tener una escuela cristiana y lo que ha de ser un maestro en ella se están perfilando de una manera suficientemente definitiva. Pero sigamos un poco más.

Claro está, que no es papel sólo del educador ser testigo de la labor conjunta de toda la comunidad educativa. Con todo, también es cierto que el maestro es una pieza clave, dentro de la escuela cristiana, en relación al testimonio que en ella se da de una forma profunda y a la vez auténtica.

Ser conscientes de la importancia y del valor, a la vez, del contenido de esta primera característica anunciada, lo creemos de importancia para comprender o poder considerar a la escuela cristiana y reconocer lo que supone asumir la labor de maestro secular.

2. Sembrador de la verdad del Evangelio

No basta con testificar. Es imprescindible, además, proclamar la buena nueva del reino. Y no es cosa de poca monta el asumir esta segunda característica del maestro secular dentro de la escuela cristiana.

El cristianismo es vida, pero también es síntesis. La síntesis se improvisa, se proclama y se concreta con conceptos que

comprensibles para los que los escuchan. Esta es una manera de conseguir que los alumnos maduren con justificación, como algo asumido personalmente, su visión del cristianismo.

Razonar la fe no es matarla, siempre y cuando aquélla acepte que ésta, en determinados puntos, la trasciende, se vuelve para aquélla misteriosa, menos diáfana, lo que no quiere decir superior, sino diferente y nunca contradictoria.

Valor de la palabra

¿Cuántos conceptos confusos tienen muchos alumnos de escuelas cristianas?

Poca capacidad de síntesis de conocimientos religiosos demuestran algunos maestros de escuelas cristianas y escaso valor para proclamarlos.

Pero fijémosnos menos en lo que en realidad no se da y busquemos, someramente, lo que supondría llegar a sembrar la verdad del Evangelio por parte de un maestro seglar dentro de una escuela cristiana.

Por una parte, ya se ha dicho, es necesaria esta labor progresiva que podríamos llamar de formación o síntesis religiosa.

Por otra, ahora conviene añadirlo, se trata de proclamar realmente y con sencillez las exigencias fundamentales del Evangelio de Jesús.

Y esto segundo es menos estructural, es más vivo y tan importante o más que lo primero. Sembrar la inquietud evangélica supone que los alumnos, los padres y los maestros, irán dejando caer en su corazón y en su inteligencia la Palabra, haciéndola crecer y multiplicar.

Se trata de esta iluminación de la existencia personal, escolar, familiar y social, desde la Palabra de Jesús, según las exigencias vitales de cada persona que interviene en esta labor de recíproca evangelización y catequización.

Sembrar la verdad del Evangelio supone no perder de vista que se debe experimentar la realidad existencial con toda su crudeza, la de cada miembro de la comunidad educativa para que, al contrastarla con la persona y la doctrina de Jesús, se llegue a sentir la llamada del anuncio salvador de la Palabra y el sentido reconfortante de la fracción del Pan.

3. *Viviendo un compromiso real*

El maestro seglar dentro de la escuela cristiana que no asume el testimonio, con la Palabra y la Eucaristía, un compromiso en la sociedad y en su medio, está perdiendo una dimensión de autenticidad cristiana.

No basta ser testigo dentro de la escuela y proclamar el Evangelio dentro de ella, es necesario vivir el compromiso de los que bajan por el reino.

El éscaton lo vive el maestro seglar cristiano dentro y fuera de la escuela de manera dialéctica.

La escuela cristiana, y con ella el maestro, asume la responsabilidad de abrirse al medio social desde una perspectiva que he llamado dialéctica. Ello supone que, de la contraposición real entre el hacer educativo dentro de la escuela cristiana, con todo lo que comporta, y la realidad contradictoria del medio social, debe surgir una síntesis coherente de acción que mejore ambas partes.

En este caso, la labor que realiza el maestro seglar cristiano, ayuda de los padres y alumnos, que viven esta inquietud cristiana está enmarcada dentro de un devenir histórico. Este es el resultado de constantes confrontaciones con la realidad, a partir de conclusiones clarividentes de lo que significa cultura, historia, humanidad y cristianismo.

Valor del compromiso

Sólo a raíz de esta visión globalizadora y totalizante del mundo rodea a la escuela cristiana y del sentido que el maestro tiene de su quehacer como educador cristiano, dará a sus enseñanzas capacidad de devenir como unos horizontes nuevos que jamás agotan o que sólo se agotan cuando han llegado a la plenitud de su sentido más profundo, plasmado en la validez total de la respuesta desde la Palabra y desde el testimonio vivido.

El maestro seglar en la escuela cristiana deberá comprometerse tanto como le sea posible en el medio social en el que vive, precisamente porque la escuela cristiana cree que tiene la misión de hacer historia, lo que le exige llevar a término una educación que engloba a toda la persona, lo que supone que le coge todas las dimensiones fundamentales; psicológicas, sociales y espirituales.

No es que, al educar, el maestro seglar haga compartimentos, que sabe muy bien que el hombre como unidad psicosomática abarca todos los aspectos fundamentales de la persona abierta al mundo del hoy y al allá de lo eterno.

Este es un reto y un imperativo que se le exige, o se le presenta, al maestro seglar que se encuentra comprometido en una labor educativa en un centro cristiano.

b) *El maestro cristiano es un hombre que espera y que ama*

Un creyente sin esperanza y sin amor no es comprensible. Si lo consideramos separadamente, se debe a que tiene una importancia el destacarlo, aunque sabemos que las tres virtudes teologales van siempre muy unidas. Lo esencial de la espera es tener certeza de que no es vana y lo esencial del amor es su universalidad. Dos características más que un maestro seglar en una escuela cristiana deberá cultivar con finura de espíritu, con amplitud de miras y con profundidad de convicciones.

La esperanza es ilimitada porque está respaldada por la promesa de Jesús, cuya Palabra resulta indestructible a través de los tiempos y el amor abarca una gama infinita, ilimitada, inconmensurable de posibilidades. Esperar significa romper los miedos del fracaso y del ridículo, no porque no sean posibles ambos en una realidad viva, sino porque siempre hay posibilidad de un nuevo caminar, aunque sea desde el comienzo, a la par que se tiene la convicción de que alguien nos espera más allá de nuestras posibilidades, de nuestros fracasos, de nuestras cortas o largas esperanzas. Para Jesús la esperanza no es medible, no es corta ni larga, la esperanza para él es imperecedera, porque ya ha pasado el límite de toda espera. Esta es la auténtica razón de nuestra esperanza verdadera.

**Una labor
realizada
en espera
y con amor**

Amar significa no recortar el sentimiento de nuestro corazón por razones inconfesables, por cálculos o estrategias más o menos justificadas. Amar supera, de todas formas, el nivel enorme de egoísmo que todos los hombres poseemos. De tal manera, que quien más ama menos egoísta aparece y es realmente e insarsamente, quien menos ama más goísta se vuelve.

Esta es la segunda lección vivida que la escuela cristiana nos debe ofrecer. Vivir la esperanza y el amor cristianos se hace absolutamente imprescindible en clave cristiana. Un maestro seglar cristiano vivirá plenamente estas dos virtudes que complementan el ser creyente y las vivirá y las vivificará plenamente y conjuntamente con los demás maestros, con los alumnos y con los padres.

La labor educativa de una escuela cristiana quedará corta si además no colabora en el despertar de la esperanza y del amor en todos los hombres a los que llegue su influencia.

Sentirse salvados es saber responder a la llamada de Jesús de a la vez salvadores, amar significa también sentirse realmente salvados. Sin una auténtica experiencia de ambas virtudes en cada educador cristiano, la dimensión de la esperanza y del amor, al igual que la de la fe, no se expande, no penetra, no se consigue. Creemos que con estas breves pinceladas redondeamos y pulimos más la real labor que los maestros seculares, en una escuela cristiana deberán afrontar con valentía, para sentirse completamente salvadores de la escuela, a la que sirven con toda responsabilidad.

5. MAESTRO, ESCUELA, FAMILIA Y SOCIEDAD

Creo que ha llegado el momento de afirmar la necesidad que tiene de conseguir una forma de unidad entre las cuatro partes implicadas en el proceso educativo. Al hacerlo, tendremos la certeza de que, gracias al contraste entre lo teórico y la realidad, veremos realmente en qué punto nos encontramos realmente en relación a lo que venimos describiendo como un bonito ideal.

A este respecto, prefiero afirmar, de antemano, que yo personalmente, y desde mi óptica particular, que ha quedado reflejada en estas líneas precedentes y que aún, de alguna forma, se perfilan bastante pesimista. Creo que hoy, ya lo he dicho al comienzo del artículo, hay demasiada diferencia, existe un dualismo entre la escuela cristiana y el maestro secolar. Pero a esto no me toca sólo buscarle solución, y menos desde unas frases escritas en una revista, que tiene más la finalidad de despertar la reflexión que de proponer soluciones concretas a problemas también concretos.

Volvamos a nuestro asunto. Por lo que venimos diciendo, esta unidad es del todo necesaria. Esta unidad, en muchos aspectos, que conseguimos si tenemos en cuenta todos los puntos señalados en las páginas anteriores y resulta factible traducirlo en la práctica diaria.

Dentro de esta unidad, el maestro, la escuela y la familia deben coincidir de una forma lo más estrecha que les sea posible, en el sentido cristiano de la existencia. Es una cuestión irrefutable que debemos pensar en la figura del maestro secolar en función de la escuela cristiana y viceversa. Sin esta coincidencia ponemos constantemente contradicción las tres realidades.

Hoy, precisamente, es lo que en realidad sucede, y esto, desde un personal punto de vista, guste o no, es en detrimento de la escuela a la que servimos y por la que luchamos. A nivel técnico no es aceptable el actual planteamiento de los defensores de la escuela cristiana cuando está tan lejos de serlo en la realidad como tenemos en cuenta esta perspectiva ideal.

**Necesidad de una
reestructuración
de los centros
educativos
cristianos**

Insisto que los cambios que ello supondría en la vida real no es una cuestión a resolver desde estas páginas. Esta es una cuestión de planificación y valentía de cara a los hechos concretos. Sólo insinúo, fijémonos en el término que empleo, que ha llegado el momento de reducir el número de las escuelas que llamamos cristianas y que pretenden serlo de verdad. Ha llegado el momento en la coyuntura española actual de plegar velas y de volver al sentido real en la práctica, de lo que debería ser realmente una escuela cristiana.

Afirmamos, por consiguiente, la necesidad de unidad entre el sentir cristiano de todos los que forman parte de un centro educativo denominado tal.

Nos queda por señalar el papel que juega la sociedad dentro de este marco en el que nos hemos venido situando.

Señalamos dos funciones concretas: La del respeto de las opciones con relación al tipo de escuela que padres y maestros desean y la de colaborar con éstos para el buen funcionamiento de la misma.

En todo este mundo complejo, el maestro tiene un papel primordial que desempeñar y debe desempeñarlo con certeza y con generosidad. Este papel debe consistir en ser el impulsor de todo tipo de iniciativas colegiadas para llevar a término misión tan delicada y urgente como es la educación de los niños, adolescentes y jóvenes, desde la dimensión cristiana. Y aquí está de nuevo la contradicción de siempre. Para una labor semejante sólo se puede contar con maestros seculares plenamente convencidos de su cristianismo. Si esta afirmación es considerada irrefutable, así por lo menos lo pienso yo, el dilema es claro hoy y en un futuro inmediato: O dejamos el nombre calificativo "cristiana" tal cual hoy lo asumimos en la realidad y cerramos los ojos a una realidad alejada de un elevado ideal, o nos convencemos de la necesidad de buscar con valentía la solución de romper con el dualismo real existente entre escuela cristiana y maestro secolar.

No sería y quien tiraría la primera piedra contra el maestro secolar que no vive convencido su cristianismo y que las circunstancias varias de la vida han hecho que esté dando clase en una escuela cristiana.

Tampoco quiero usar la piedra que no uso contra el maestro secolar, para echarla contra los responsables de la escuela cristiana que en su día contrataron a este maestro.

Que cada lector, al final de la lectura de este artículo, juzgue sobre la realidad de los hechos que le toca vivir, complete o rechace las reflexiones que acabo de exponer y se decida.

**Un maestro
seglar
ha de asumir
su cristianismo
o renunciar
a la escuela
cristiana**

Yo, de alguna manera, me he atrevido a dar una solución, sabiendo el riesgo que todo ello comporta. Un riesgo que hoy más que nunca hay que compartir entre padres, alumnos, maestros y responsables más directos de la escuela, en confrontación con las exigencias que ello supone y lo que la misma sociedad, algunas veces sirviendo una masiada delicadeza, nos reclama.

Insisto, por mi parte, sería valiente al reto de llevar a buen puerto las escuelas en las que se podría contar, en primer lugar, con un grupo de maestros seculares que asumieran libre y responsablemente el ideario cristiano de la escuela, secundados por el buen sentido que hacen de los padres y de los mismos alumnos, que lentamente van abriendo a la opción cristiana impulsados, precisamente por un clima escolar, familiar y en la medida de lo posible. Este es el reto que lanzo con la esperanza de verlo algún día convertido en realidad.

6. EL MAESTRO Y LO SOCIOLOGICO

Finalmente nos interesa hacer ver la necesidad de la apertura de la escuela debe tener en relación al medio social que la envuelve. Maestros que van a la escuela a impartir sus clases y aún no viviendo en el barrio donde ésta está ubicada, no se preocupan ni mucho ni poco en todo lo referente a las implicaciones que sus actuaciones con palabras, sus ideologías, sus relaciones con los padres, etc., no alcanzan, desde nuestro punto de vista, el nivel que corresponde como tales.

Una escuela que descuida esta apertura a la forma de ser del barrio, que no cuida, en el caso de regiones no castellanas, el cultivo de la lengua que le es propia y con ella sus costumbres, está descuidando aspectos importantes dentro de la función educativa que le corresponde.

No se trata que el maestro salte a la calle y empiece a hacer política de partido, esgrimiendo una ideología propia y envenenando el ambiente. Esto sería política barata y se haría con el mal servicio a todos, especialmente a la propia escuela.

Se trata de tomar el término política en el sentido originario, en la forma que entre realmente toda la dimensión de la persona en el juego y desde la base que viene indicada por la propia filosofía del centro.

Son muchos los aspectos participativos en los que la escuela y, consiguientemente, los padres y los maestros conjuntamente con los alumnos, puedan intervenir.

Objetivos a cubrir en el barrio desde la sanidad, la limpieza, e

**Exigencias
que derivan
de lo sociológico**

los efectos contrarios a una adecuada ecología, la promoción de actos culturales, deportivos y de carácter cristiano, en el caso de maestros cristianos, exigencia de espacios verdes y zonas deportivas para el barrio..., son una sencilla letanía de aspectos a cubrir por parte de una escuela que es del barrio.

Una participación de tipo social es un objetivo que la escuela no puede olvidar lo que supone que los maestros conscientes de ellos, son los principales artífices de un acercamiento real y eficaz entre escuela y barrio, entre escuela y medio social concreto.

La inmersión y la apertura a la vida hoy se hacen absolutamente necesarias y urgentes para una escuela que se precia de tal.

CONCLUSION ABIERTA

La razón del título de este apartado resulta claro. Cuando simplemente se esbozan un conjunto de planteamientos sin darles unas adecuadas respuestas, puesto que cada uno de ellos exigiría muchas páginas, debemos dejar la puerta abierta para nuevas disquisiciones.

La labor del maestro dentro de una escuela cristiana viene marcada por un conjunto de circunstancias que resultan demasiado complejas para abarcarlas completamente de una sola vez.

En un artículo que se me pedía la persona del maestro en una escuela cristiana, me pareció importante dedicar muchas páginas, aún sin agotar el tema, a tratar lo que supone ser maestro dentro de una entidad que públicamente se considera cristiana. Creemos que se ha realizado con suficiente amplitud para conocer el pensamiento del que firma el artículo.

Con todo, aun habiéndolo nombrado someramente, al final de la descripción de las implicaciones que los términos maestro y cristiano suponían, nos ha parecido necesario desarrollarlas un poco más para que, lo que podríamos llamar radiografía de un maestro cristiano quedara suficiente definida.

A partir de estas grandes líneas, que en este artículo acabamos de trazar, se podrán completar todos los detalles que haga falta y desde ellos estudiar con mayor detenimiento lo que en concreto, para cada centro docente, todo ello podría suponer.

Esperamos que, de alguna manera, este artículo haya servido para recordar ideas fundamentales

Intentar vivificarlas, darles cuerpo, encarnarlas, mejorando en la vida lo que en teoría se ha dicho, es el paso necesario, que todos los maestros cristianos deberíamos dar, para una mayor eficacia pedagógica y para un más adecuado testimonio cristiano desde y por la escuela.